

mún en este país. En Montevideo maté uno que pesaba 98 libras; desde la punta del hocico hasta la de la cola media tres pies y dos pulgadas de longitud; su circunferencia era de tres pies y ocho pulgadas. Estos grandes roedores frecuentan algunas veces las islas en la desembocadura del Plata, donde el agua es completamente salada; pero abundan mucho más en las márgenes de los ríos y de los lagos de agua dulce. Cerca de Maldonado suelen vivir tres ó cuatro juntos. Durante el día están tendidos entre las plantas acuáticas ó van tranquilamente á pacer la hierba de la llanura (1). Vistos desde cierta distancia, su paso y su color les hace parecerse á los cerdos; pero cuando están sentados, vigilando con atención todo lo que pasa, vuelven á adquirir el aspecto de sus congéneres los caviar y los conejos. La gran longitud de su maxilar le da una apariencia cómica cuando se les ve de frente ó de perfil. En Maldonado son casi mansos; andando con precaución, pude acercarme á una distancia de tres metros á cuatro de estos animales. Puede explicarse esta casi domesticidad por el hecho de que el jaguar ha desaparecido por completo de este país desde hace algunos años, y el gaucho no piensa que ese animal sea digno de ser cazado. Conforme iba acercándome á los cuatro individuos, de los cuales

Mr. Waterhouse y á los demás sabios miembros de esta Sociedad por la benévola ayuda que se han dignado concederme en todas ocasiones.

(1) En el estómago y en el duodeno de un *Capybara* que abrí, encontré una grandísima cantidad de un líquido amarillento, en el cual apenas podía distinguirse ni una sola fibra. Mr. Owen me participa que una parte de su esófago es de tan poco calibre, que por él no podría pasar ninguna cosa más gruesa que una pluma de cuervo. Los anchos dientes y las fuertes mandíbulas de este animal son ciertamente muy á propósito para reducir á papilla las plantas acuáticas de las cuales se alimenta.

acabo de hablar, dejaban oír el ruido que les caracteriza, una especie de gruñido sordo y abrupto; no puede decirse que sea un sonido, sino más bien una expulsión brusca del aire que tienen en los pulmones; no conozco sino un solo ruido análogo á ese gruñido, y es el primer ladrido ronco de un perro grande. Después de habernos mirado mutuamente por espacio de algunos minutos, pues me examinaban ellos con tanta atención como podía yo examinarlos, tiráronse todos al agua con el mayor ímpetu, dejando oír su gruñido. Después de zambullirse durante algún tiempo volvieron á la superficie, pero sin sacar más que la parte superior de la cabeza. Cuando la hembra va á nado dícese que sus hijuelos se sientan en el lomo de la madre. Fácilmente se podría matar en gran número á estos animales, pero su piel vale poco y su carne no es muy buena. Abundan en las islas del río Paraná y sirven por lo común de presa al jaguar.

El tucutuco (*Ctenomys brasiliensis*) es un curioso animalito que puede describirse en pocas palabras: un roedor que tiene las costumbres del topo. Muy numeroso en algunas partes del país, no por eso deja de ser difícil adquirirlo; pues nunca sale, según creo, de debajo del suelo. Deja en el extremo exterior de su agujero un montoncito de tierra, lo mismo que hace el topo; sólo que ese montón es más pequeño. Estos animales minan tan completamente espacios grandísimos, que al pasar por encima de sus galerías los caballos, se hunden á menudo hasta los corvejones. Hasta cierto punto, los tucutucos parecen vivir en sociedad; el hombre que me dió mis ejemplares había cogido seis de un golpe, y me dijo que era cosa harto común el coger á muchos juntos. No se mueven durante la noche; se alimentan principalmente con las raíces de las

plantas, y para encontrarlas hacen galerías inmensas. En todas partes se conoce á este animal, por un ruido muy particular que hace debajo del suelo. La persona que por vez primera oye este ruido se queda muy sorprendida: no es fácil decir de dónde viene y es imposible suponer quién lo causa. Ese ruido consiste en un gruñido nasal corto pero no muy fuerte, repetido rápidamente cuatro veces en el mismo tono (1); se ha dado á este animal el nombre de *tucutuco*, para imitar el sonido que produce. Allí donde abunda este animal puede oírsele en todos los instantes del día, y á menudo exactamente debajo del sitio donde estamos. En un aposento los tucutucos se mueven despacio y con pesadez, lo cual parece depender de la acción de sus patas traseras; les es imposible saltar á la más pequeña altura vertical, por carecer de cierto ligamento la articulación del muslo. No tratan de escaparse; cuando están encolerizados ó se asustan, dejan oír el tucu-tuco. Conservé algunos vivos y la mayor parte se domesticaron perfectamente desde el primer día, sin tratar de huir ni de morder; otros siguieron siendo ariscos un poco más tiempo.

El hombre que me los había proporcionado me afirmó que se encuentra gran número de ellos ciegos. Un ejemplar que conservé en espíritu de vino, hallábase en ese estado; Mr. Reed piensa que su ceguera

(1) En las márgenes del río Negro, en la Patagonia septentrional, hay un animal que tiene las mismas costumbres. Probablemente es de una especie afín, pero no la he visto nunca. El ruido que hace este animal difiere del de la especie de Maldonado; no repite su llamada sino dos veces en lugar de tres ó cuatro; y es más distinta y sonora. Cuando se oye á cierta distancia se asemeja tanto al ruido que se haría cortando un arbolito con un hacha, que algunas veces me puse á dudar si no sería esta la causa del ruido que oía.

proviene de una inflamación de la membrana nictitante. Estando vivo el animal, puse un dedo á media pulgada de su cabeza y no lo vió; sin embargo, se dirigía por la estancia casi tan bien como los otros. Dadas las costumbres estrictamente subterráneas del tucutuco, la ceguera, aun siendo tan común, no puede ser para él una grave desventaja; sin embargo, parece extraño que un animal, sea cual fuere, tenga un órgano sujeto á alterarse con tanta frecuencia. Lamarck hubiera sacado mucho partido de este hecho, si lo hubiese conocido cuando discutía (probablemente con más verdad de la que por lo común se encuentra en él) la ceguera *adquirida* gradualmente por el *Aspalax* (1), un roedor que vive debajo de tierra, y por el *Proteus*, un reptil que vive en obscuras cavernas llenas de agua; en estos dos últimos animales, el ojo está casi en estado rudimentario y cubierto por una membrana aponeurósica y por piel. En el topo común, el ojo es extraordinariamente pequeño, pero perfecto; muchos anatómicos, sin embargo, dudan de que esté unido al verdadero nervio óptico; ciertamente la visión del topo debe de ser imperfecta, aunque probablemente le sea útil cuando sale de su agujero. En el tucutuco (que, según creo, nunca sale á la superficie) el ojo es bastante grande, pero casi nunca sirve para nada, puesto que puede alterarse sin que esto parezca causar el menor perjuicio al animal; sin duda ninguna, Lamarck hubiera sostenido que el tucutuco está pasando hoy al estado del *aspalax* y del *proteo*.

Hállanse numerosas especies de aves en las verdeantes llanuras que rodean á Maldonado. Hay allí varias especies de una familia que por su conforma-

(1) *Philosoph. zool.*, tomo 1, pág. 242.

ción y sus hábitos se aproxima mucho á nuestro estornino; una de esas especies (*Molothrus niger*) tiene unas costumbres muy notables. Con frecuencia puede verse á mucho de sus individuos posados en los lomos de un caballo ó de una vaca; cuando se encaraman sobre un seto, limpiándose las plumas al sol, intentan algunas veces cantar ó más bien silbar. El sonido que emiten es singularísimo: se asemeja al ruido que haría el aire saliendo por un pequeño orificio debajo del agua, pero con fuerza suficiente para producir un sonido agudo. Según Azara, este ave deposita sus huevos en los nidos de otras, como hace el cuco. Los campesinos me han dicho varias veces que hay ciertamente un ave que tiene esta costumbre; mi ayudante, persona muy cuidadosa, encontró un nido del gorrión de este país (*Zonotrichia matutina*), nido que contenía un huevo mayor que los otros, de color y forma diferentes también. Hay otra especie de *Molothrus* en la América del Norte (*Molothrus pecoris*) que tiene esa misma costumbre del cuco y que desde todos los puntos de vista se asemeja mucho á la especie del Plata, hasta en el insignificante detalle de posarse en el lomo de las reses; sólo difiere de ella en ser un poco más pequeña, y en que su plumaje y sus huevos tienen un tinte algo diferente. Esta semejanza chocante de conformación y de costumbres en especies representativas que habitan en los dos extremos de un gran continente, tiene siempre sumo interés, aunque se encuentra con frecuencia.

Mr. Swainson ha advertido con mucha razón (1) que, excepto el *Molothrus pecoris* (al cual conviene añadir el *Molothrus niger*), los cucos son las únicas

(1) *Magazine of Zoology and Botany*, tomo 1, pág. 217.

aves que realmente puedan llamarse *parásitas*, es decir «que se adhieren, digámoslo así, á otro animal vivo, animal cuyo calor hace desarrollarse á su cría, que alimenta á sus hijuelos, y la muerte del cual causaría la de éstos». Es muy de notar que algunas especies del cuco y del molotro, aunque no todas, hayan adoptado esta extraña costumbre de propagación parásita, cuando difieren casi todas sus otras costumbres. El molotro es un ave esencialmente sociable, como nuestro estornino, y vive en llanuras abiertas sin tratar de esconderse ó de ocultarse; por el contrario (como todo el mundo lo sabe), el cuco es tímido en extremo, no frecuenta sino los matorrales más retirados y se alimenta de frutos y de orugas. Estos dos géneros tienen también una conformación muy diferente. Se han propuesto muchas teorías, llegándose á invocar hasta la frenología, para explicar el origen de ese tan curioso instinto que induce al cuco á poner sus huevos en los nidos de otras aves. Creo que sólo las observaciones de M. Prévost (1) han dado alguna luz respecto á este problema. La hembra del cuco pone lo menos cinco ó seis huevos, según la mayor parte de los observadores; y, según M. Prévost, tiene que ayuntarse con el macho cada vez que ha puesto uno ó dos huevos. Pues bien, si la hembra se viese obligada á incubar sus propios huevos, tendría que incubarlos todos juntos, y por consiguiente, los de las primeras puestas quedarían abandonados tanto tiempo que se pudrirían, ó tendría que ir incubando cada huevo por separado, inmediatamente después de ponerlo; y como el cuco permanece en nuestro país mu-

(1) *Mémoire lu devant l'Académie des Sciences, à Paris. L'Institut*, 1834, pág. 418.

cho menos tiempo que ninguna otra ave emigrante, la hembra no dispondría del necesario para ir incubando uno tras otro todos sus huevos durante su permanencia. El hecho de que el cuco se ayunta varias veces y la hembra pone los huevos con intervalos, parece explicar que los deposite en los nidos de otras aves y los abandone á los cuidados de sus padres postizos. Estoy tanto más dispuesto á aceptar esta explicación, cuanto que, como pronto se verá, he llegado de una manera independiente á adoptar las mismas conclusiones respecto á los avestruces de la América meridional, cuyas hembras son parásitas unas de otras, si así puede decirse; en efecto, cada hembra deposita varios huevos en los nidos de otras hembras, y el macho se encarga de todos los cuidados de la incubación, como los padres postizos respecto al cuco.

El número, la falta de energía y las asquerosas costumbres de las aves de rapiña de la América del Sur, que se alimentan de animales muertos, hacen de ellas unos seres en extremo curiosos para quien sólo conoce bien las aves de la Europa septentrional. Pueden comprenderse en esta lista cuatro especies de caracaras ó *Polyvorus*, el buitre, el gallinazo y el condor. La conformación de las caracaras las hace colocar en el número de las águilas; veremos si son dignas de tan alta alcurnia. Sus costumbres las hacen asemejarse mucho á nuestros cuervos, á nuestras picazas, á nuestras cornejas, que se alimentan de carnes muertas; tribu de aves muy difundida en todo el resto del mundo, pero que no existe en la América del Sur. Comencemos por el *Polyvorus brasiliensis*. Esta ave es muy común y habita en una superficie geográfica muy extensa; está en extremo difundida por las llanuras herbosas del Plata, donde recibe el nombre de *carrancha*,

y se encuentra también bastante á menudo en los llanos estériles de la Patagonia. En el desierto que separa el río Negro del Colorado están en gran número en el camino de las caravanas para devorar los cadáveres de los infelices animales á quienes la sed y la fatiga han hecho morir en el camino. Aunque muy común en estos países secos y abiertos, así como en las costas áridas del Pacífico, habita también en los impenetrables bosques tan húmedos de la Patagonia occidental y de la Tierra de Fuego. Las carranchas, así como los chimangos, están siempre presentes en gran número en las «estancias», así como en los mataderos. Así que muere un animal en la llanura comienzan á comérselo los gallinazos; luego vienen las dos especies de *Polyvorus*, que no dejan absolutamente más que los huesos. Aunque estas aves se encuentran juntas en la misma presa, distan mucho de ser amigas. Mientras que la carrancha está tranquilamente encaramada sobre una rama de árbol ó descansa en el suelo, el chimango continúa á menudo volando durante largo tiempo de acá para allá. Esta última no se apura y se limita á bajar la cabeza. Aunque las carranchas se reúnen con frecuencia en gran número, no viven en sociedad, puesto que en los lugares desiertos se las ve á menudo solas ó cuando más en parejas.

Me he fijado mucho en un pájaro burlón (*Mimus orpheus*), llamado *calandria* por los habitantes; este ave deja oír un canto superior al de todas las demás aves del país, y también es casi la única de la América del Sur á quien he visto encaramarse para cantar. Puede compararse este canto al de la silvia ó curruca, sólo que es más potente; algunas notas duras y muy altas se mezclan con un gorjeo muy agradable. No se le oye sino en primavera; durante las otras